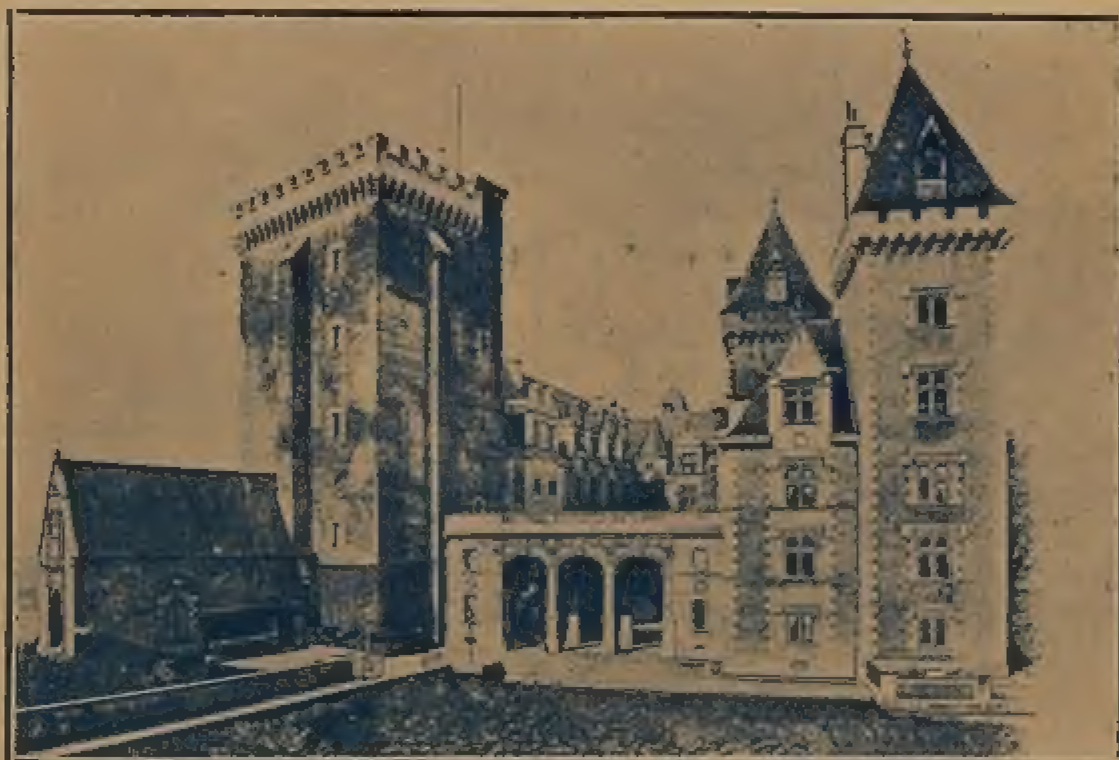
EUSKAL ERRIA

FUNDADA EL 4 DE AGOSTO DE 1912

REVISTA QUINCENAL BASKONGADA DEL URUGUAY

 Año XXIII | MONTEVIDEO, FEBRERO 1.° de 1935 | N.° 706 

Recorriendo los Bajos Pirineos (Francia)



PAU

La entrada al hermoso Castillo de Enrique IV



 ADMINISTRADOR: MANUEL MUJICA | MONTEVIDEO, FEBRERO 1.º DE 1935 | AÑO XXIII N.º 706 

Redacción: SAN JOSÉ 1168

La acción que corresponde desarrollar en esta hora...

INDISCUTIBLEMENTE, nuestra Institución «Euskal Erria» se encuentra en estado de prosperidad, como lo justifican los balances y estados generales que se publican en su hora.

Para ampliar nuestra obra, se hace indispensable contar con mayores recursos mensuales, esto es, que *aumente el número de los socios*, **con carácter permanente** y que nos acompañen fielmente en las etapas sucesivas.

Para ello entendemos que, en estos momentos, lo que corresponde es buscar, entre las relaciones de cada socio y que pertenecen a nuestra raza o sean sus descendientes, nuevos elementos que conozcan nuestra obra realizada y mantenida por espacio de 22 años y sean, amándola después, dignos continuadores en el terreno de la propaganda.

Nuestra misión es unificar a toda la familia vascongada a la sombra de nuestra entidad.

Y no puede alegarse ignorancia acerca de la finalidad e importancia de «Euskal Erria» pues, en el Uruguay, ¿quién no la conoce suficientemente?...

«Euskal Erria», con toda su potencialidad, con los prestigios de que goza—y que los hemos recordado en nuestro número anterior—debiera contar en su seno con *más de tres mil asociados*, pues realiza actos de caridad, constantemente protege a los pobres, fomenta las fiestas y las tradicionales costumbres raciales, estimula el deporte de la pelota, en una palabra, realiza una acción eficiente que sólo merece una consignación elogiosa.

Es necesario, pues, que, los que aun no lo están, y pertenecen a nuestra raza, se *incorporen resueltamente a «Euskal Erria.»*

Contribuirán, con ello, a enaltecer nuestra raza vascongada.

Es éste el deber del momento.

La Pelota Vasca

EL juego de pelota desde tiempo inmemorial es un deporte que está en la idiosincrasia del pueblo basko.

Como es natural, las reglas del juego se han ido formando paulatinamente hasta llegar a las complicadas leyes con que hoy se rige.

Hasta principios del siglo XIX el juego de pelota baska era tan sólo a largo.

En este juego no hay pared alguna y los partidos se verifican en cualquier lugar a propósito, en el campo, en una plaza, calle, etc. con tal que el piso esté convenientemente firme y llano y medien del saque al resto unos cien metros.

Los jugadores, en dos bandos, obtienen la posición primera, saque y resto, por sorteo.

Una cuerda parte la cancha en dos mitades, situándose en cada una de ellas estratégicamente los jugadores que componen los dos bandos: el que tiene el saque y el que va al resto.

La pelota enviada por encima debe ser devuelta dentro de las reglas establecidas, las cuales hacen que con frecuencia cambien la posición de los competidores pasando los del resto al saque y viceversa, lo que presta gran interés y animación a los partidos.

Modificación del juego a largo es el de rebote. En éste se saca desde la mitad de la cancha lanzando la pelota contra un muro enfrentando; la maroma divisoria es substituida por una línea trazada en el piso; las combinaciones que permiten ejecutar los rebotes contra el muro dan a este juego mayores atractivos.

El trinquete o cancha cerrada es un local cubierto cerrado, dividido en dos mitades por una red, por encima de la cual debe pasar la pelota; es juego que casi pertenece a la historia.

El tennis es una variedad surgida del trinquete, pero mucho más suave, como para permitir sea practicado por el bello sexo.

En el trinquete se jugaba a pala y a mano.

La pelota es para el pueblo basko el deporte nacional por excelencia: desde el niño al anciano todos conocen y con entusiasmo practican el noble juego. En tiempos viejos los jugadores, antes de empezar el partido, juraban ante un crucifijo ser leales y nobles y poner de su parte todo para alcanzar la victoria. Los jueces juraban no traicionar su conciencia y se comprometían ante Dios para orillar en justicia cuanta dificultad surgiera, y juzgar sabio, noble y lealmente. ¡Cuán lejos quedan aquellas inocentes prácticas!

Bolea.

Todos los sábados, por la noche, en nuestra cancha de pelota, se verifica un partido oficial

ANTE numerosa concurrencia, en nuestra sede, *todos los sábados, a la hora 22,* se verifica un partido oficial de pelota organizado por su Administración, en los que intervienen conocidos deportistas.

Quedan invitados los asociados y consocias con sus familias para presenciarlos, pues se ofrecen encuentros de alto interés, y en un ambiente de serena fraternidad.

Nuestra Institución fomenta el deporte de los vascos.

Sobre la pelota, en éste y en los números sucesivos, ofreceremos notas seleccionadas que evocarán múltiples aspectos de nuestro gran deporte.

Un artículo del abate Blazy sobre Pelota

Los grandes jugadores que descollaron de 1820 a 1835

«El hijo de Simón», «Michico», «Pat chico» y otros

No obstante lo afirmado por Iztueta, la época en la cual él vivió no había señalado una decadencia tal en el juego de pelota, que justificara un desaliento tan grande como el que él pone de manifiesto y que llega casi hasta la neurastenia. Puede explicarse fácilmente, por lo demás esa relativa decadencia por el período de transición que atravesaba entonces el deporte.

Era evidente que, en aquella época, la práctica del juego al aire libre, en canchas abiertas, se encontraba bastante abandonada. Los trinquetes eran mucho más frecuentados, y la manera de jugar se iba modificando, mientras se transformaban las dimensiones de los guantes. Todo ello, sin duda, constituía una amenaza las tradiciones clásicas del deporte, ya que tendía a implantar en él innovaciones

Faltaría saber, empero, si esas nuevas modalidades amenazaban la vida misma del juego de la pelota, comprometiendo su porvenir, o si no iban a constituir, en cambio, nuevas ramas que al igual de lo que pasa en los árboles con los jóvenes brotes, vendrían a dar más robustez y riqueza al viejo tronco originario, en vez de debilitarlo y matarlo, como lo preveía Iztueta. Porque, lo que sucede generalmente es que aquél se torna tanto más hermoso y resistente cuanto más pujante se vuelve la fronda que posee

Sin embargo, es justo reconocer que el citado autor tenía otros motivos de alarma. Algunos jugadores de aquel tiempo gozaban de una reputación deplorable. Tal es el caso, por ejemplo, del hijo del famoso Simón de Arroyos, llamado Bautista.

Era Bautista un gran jugador de pelota. Cierta vez, en 1821, había sido llamado a Madrid, en compañía de otros seis pelotaris, para disputar un partido de gala ante los reyes de España. Fueron tales las proezas que realizó en esa oportunidad, tales las maravillas de habilidad por él efectuadas, que el monarca en persona le ofreció como recompensa aquello que más desease. Pidió ser nombrado "cabo de carabineros" y obtuvo inmediatamente el puesto.

Más bien que cabo de carabineros hubiera debido ser nombrado jefe de una gavilla de bandidos. De carácter sombrío, irascible, caprichoso, pendenciero y jugador sin escrúpulos, engañaba a menudo a sus partidarios "vendiéndose" al bando contrario, y jugando intencionalmente mal para que ganaran sus adversarios. Como prueba de su venalidad y depravación se cita el caso de una partida disputada en San Sebastián en 1823, que terminó en una sangrienta tragedia.

Bautista, comenzó jugando con tal despreocupación que nadie dudó tuviese la intención de hacer triunfar a sus contrincantes. A cada instante se aproximaba a Simón, su padre, y le decía: "Dadme dos onzas (160 pesetas) o dejo perder el partido". Pero aquél rehusaba siempre, indignado, y fué así como su hijo perdió quince tantos consecutivos. Finalmente, Simón se decidió a darle lo que reiteradamente éste venía pidiéndole.

Mientras tanto, entre los espectadores que más habían apostado a su favor, y cuya exasperación había llegado a un grado alarmante, surgió uno, pistola en mano, que avanzó hacia la cancha, con semblante descompuesto por la ira, y le dijo: "Si pierdes los otros quince te dejo muerto aquí mismo". El efecto de la amenaza sobre el "Hijo de Simón" fué inmediato. Desplegando toda su admirable destreza consiguió igualar el partido. Entonces el alcalde, que presidía la reunión, indignado por tanta bajeza, dió orden de suspender el encuentro y de evacuar la plaza de juego.

Asustado Bautista por las consecuencias de su deshonesta actuación, huyó hacia el barrio de San Martín, en una de cuyas hosterías se refugió junto con otros pelotaris, uno de los cuales se llamaba Bautista como él.

El hombre que en la cancha había esgrimido la amenazante pistola de dos caños había salido en su busca con ideas de venganza. Llegó a la hostería donde se alojaba el "Hijo de Simón", a eso de las once, y pidió hablar con éste. Se le condujo a la pieza donde, por una fatal casualidad, ambos Bautistas dormían en sendas camas. Aproximóse a una de ellas y preguntó: "¿Eres tú, Bautista?" "Sí, soy yo", respondió una voz.

Oyése, entonces, en la noche una detonación. ¡El matador, que era un distinguido oficial de

alta jerarquía, acababa de destrozar el cráneo de un pistoletazo al Bautista inocente!

El "Hijo de Simón" huyó y se refugió en Francia, desde donde, años más tarde, se embarcó para Habana. Durante tres años llevó, en los arrabales de esta ciudad, una vida de escándalo. Hasta que cierta noche, mientras regresaba a su casa a caballo, un desconocido que surgió ante él de entre las sombras de la noche, lo atacó y dejó sin vida en pleno campo.

Así murió Bautista, el "Hijo de Simón", que había sido el rey de todos los juegos de pelota. Su historia está envuelta en todas esas dramáticas circunstancias, y ella viene a ser como una mancha criminal y sangrienta en los anales de nuestro hermoso y viril deporte.

Por suerte, el honor de nuestro juego estaba defendido, en esa misma época, por jugadores de gran prestigio. El más simpático y el más popular de ellos era "Michico". Bajo este afectuoso apodo designábase entonces a Ramón Indart, hijo del pelotari Isidro Indart. Este hablaba continuamente de su hijo, a quien llamaba cariñosamente "mi chico". Y repetía así: "mi chico", "mi chico", cien veces al día. Este fué el origen del apodo bajo el cual aquél debía adquirir tanta notoriedad y tanto prestigio.

A los veinte años de edad, "Michico" figuraba ya al lado de los más reputados campeones. Acompañó al "Hijo de Simón" en el viaje que éste hizo a Madrid, y sobre cuyas circunstancias he hecho referencia más arriba, habiendo jugado en el memorable encuentro. Un año antes había defendido en Irún los colores de Navarra en una famosa partida, contra los guipuzcoanos que habían lanzado un desafío a los navarreses a la "pelota larga".

Esta partida debió ser un acontecimiento deportivo sensacional, puesto que se conserva aún su recuerdo en una canción que tuve la suerte de escuchar hace un par de semanas en Ustaritz. Doña Juana de Lafargue, que ostenta con galanura sus 74 años de edad, celebraba aún aquellas hazañas, viejas de más de un siglo, canturreando las siete estrofas que ella había prendido en su infancia, y que yo he podido recoger de sus propios labios.

Esta canción nos da una fisonomía muy exacta del cuadro y de la atmósfera en los cuales se desarrolló la famosa partida de 1820. Como se trata de un documento interesante, que creo aún inédito, me permito ofrecer una traducción de las siete referidas estrofas:

1. estrofa: "El 22 de septiembre toda la ciudad estaba de fiesta; las casas y las calles, embanderadas. La población alegre esperaba, con una impaciencia mezclada de ironía, ese encuentro que debía poner frente a frente a los representantes del reino (Navarra) y de la provincia (Guipúzcoa)."

2. estrofa: "Los irundarras, música al frente, fueron al encuentro de los navarros, con intención de mofarse de sus jugadores y de "canturrearlos", como es costumbre en el país vasco."

3. estrofa: "Entre los navarros se hallaba "Patchico", el carabinero, hombre espléndido, dotado de una fuerza hercúlea, que impuso respeto a los de Irún por su forma de jugar."

4. estrofa: "Por cierto, el "Andoain'dar" defendió muy bien su bando; su brazo es poderoso y es casi imposible devolver sus tiros. Es un jugador excelente, pero el navarro fué aún mejor."

5. estrofa: "El joven "Michico" sólo contaba 19 años, e hizo bien en emplearse cuanto le fué posible; quiso ser "saquero", y se sabe que es difícil ganarlo a mano limpia."

6. estrofa: "Cuando los guipuzcoanos vieron a Michico al frente, empezaron a murmurar, a sonreirse y a mofarse, ya que no se les ocurría, por cierto, que podían perder."

7. estrofa: "Pero él daba a la pelota una velocidad y una vivacidad sorprendentes, y entonces sus compañeros remataban los tantos, lanzando aquella más allá del hospital de Irún. Los navarros obtuvieron la victoria y ganaron grandes apuestas".

Las palabras de esta canción fueron recogidas de boca de una anciana originaria de Jaxu (Labourd), en el hospital de Ustaritz. Pero la canción, en realidad, es de procedencia guipuzcoana, y fué traída al Labourd por unos fabricantes de sandalias, tránsfugas del tiempo de los carlistas.

Y aunque lo aquí trascripto es todo lo que ella nos cuenta, esta canción basta para tener una idea de la forma brillante en que "Michico" se inició en su carrera deportiva, justificando las más bellas esperanzas de sus admiradores. En los años subsiguientes, en efecto, adquirió gran fama y su nombre pasó a la posteridad. Es de lamentar, empero, que no hayan quedado registrados mayores detalles de sus hazañas.

Mientras que en la margen izquierda del Bidasoa la pelota atraía a las multitudes, los vascos de la margen derecha manifestaban no menos entusiasmo por su juego favorito. Ader, que visitó el Labourd en los comienzos del siglo XIX, publicó sus impresiones de viaje en 1826, en un libro titulado: "Resumen de la Historia del Bearn y de los Vascos". Veamos en qué tér-

mbos describe, en la página 256, una partida de pelota larga:

"La verdadera fiesta empezó, entonces. Tuvo por escenario una vasta cancha rectangular, limitada, de un lado, por una pared de piedras sumamente pulidas, y del otro lado, por un gran asiento de madera. A unos 45 pasos de la pared se encontraba trazada una línea, ligeramente en relieve, que unía perpendicularmente otras dos líneas paralelas, que limitaban la cancha, a ambos costados, en una longitud de 100 a 110 pasos. Esta cancha, al aire libre, es la del juego de pelota, deporte verdaderamente nacional de los vascos, al que éstos se entregan con pasión y en cuya habilidad personal finca cada uno, en cierto modo, su propio honor.

"Es imposible describir la agilidad, la destreza, la fuerza, la gracia que despliegan los jugadores: con la cabeza cubierta con una simple redecilla, y llevando unos ligeros pantalones sólo sostenidos por un cinturón de cinta roja, cuyas puntas hacen mover con una suerte de coquetería, ellos parecen ofrecer la representación de un drama. Tres de ellos están encargados de mantener la gloria del cantón, mientras que sus tres adversarios, venidos, a veces, desde muy lejos, van a tratar de eclipsarla. Todos los espectadores de la plaza están divididos en dos bandos: cada individuo abraza la causa de sus compatriotas, y se cruzan entre ellos apuestas que alcanzan a veces hasta 50.000 francos. Puede uno darse idea del entusiasmo con que aquellos actores defenderán los intereses confiados a su habilidad. Parecen tener alas y se los ve siempre en el lugar donde la pelota va a picar. Esta pelota, que pesa ordinariamente cuatro onzas, es recibida en la concavidad de un guante de cuero que llevan calzado los jugadores, y, al resbalar sobre esa superficie pulida, parte velozmente y llega, a menudo, hasta 130 pasos de distancia. Cuando una de estas hazañas es realizada, una parte de la concurrencia prorrumpe en estruendosos aplausos, mientras que la otra parte guarda un sombrío silencio.

"...Terminada la partida, trátase en seguida el tema del desquite y se dan cita ambos bandos para un nuevo encuentro en alguna otra población, fijando una fecha aproximada más o menos lejana; y aunque ese nuevo pueblo se hallara a dos jornadas de distancia, puede uno estar seguro de encontrar allí, en el próximo partido, los mismos espectadores de antes. Los vascos hacen gustosos veinte leguas para asistir a una procesión o a una partida de pelota. Cuando tienen que recorrer una larga distancia, marchan de noche, pasan luego el día en la febril agitación del placer, y regresan por la noche siguiente con la misma soltura. Y es raro que, durante esas fiestas locales, no lleguen huéspedes inesperados: soldados vascos hay que desertan para acudir a ellas, y se han dado casos de algunos llegados desde las mismas márgenes del Danubio..."

He ahí un autor, por lo menos, alegre y vivaz que reconforta, poniéndose al diapasón de la nota jubilosa y vibrante del público. Si hubiese comprendido el idioma de éste, y escuchado las discusiones entabladas por los distintos grupos, habría oído repetir continuamente estos nombres: el "Cura de Gamio" y "Vicente de ra de Legaceta" y "Santo Domingo de Hernani"; "Iraznetu de Tolosa" y "Manuel Asbico"; "Bertach", "Plaza" y los cuatro hermanos "Urdiñak de Arauaz"; "De Peña" y "Coñi", todos ellos jugadores de primer orden.

No, no; a pesar de la crisis que trajo la implantación de los trinquetes, la raza de los pelotaris no se había debilitado; aun debía dar al deporte ilustres retoños.

E. BLAZY

Kapero, o la jovialidad vasca

DEBEMOS a Flores-Kaperotxipi—cuya obra por cierto, es más clara y fácil que su apellido mixto y desconcertante—un rato de jovialidad. Harto esáñados están los tiempos y las gentes para que no sepamos agradecer cuando venga a oponer en la vida una sonrisa. Y esto es la última exposición pictórica de Flores-Kaperotxipi, que en las postrimerías del veraneo donostiarra resulta una nota de elegante belleza, bien entonada con el encanto prestigioso que para todo espíritu fino tiene el otoño del país vascongado.

* * *

Cuando se habla de raza vasca y de pintura vasca, la imaginación suele ir derecha al lugar común. Es decir, uno recuerda la versión corriente sin discutirla ni aceptar la posibilidad de otro trasunto más exacto. Uno piensa en paisajes de naturaleza arrugada y gris, en tipos ásperos y herméticos, en perspectivas breves y

húmedas, en escenas de duelo, de fervor o de epopeya.

Pero viene Kaperotxipi y sus cuadros son como si nos dijera: "¿Y ésto? ¿No es también Vasconia?" Y sí que lo es, en verdad, y con tal exactitud y alegría, que nunca como ahora hemos comprendido la frase de Voltaire aplicada a los vascos: "un pueblo que baila en las cimas del Pirineo". Porque todos estos cuadros de Kapero tienen por común denominador, un espíritu danzarín, como retazos que son de la jovialidad vasca.

No es que el pintor haya buscado sus personajes en sectores placenteros del país ni que sus escenas sean sidrerías tumultosas y rondas báquicas. Son tipos despegados un momento de la tierra difícil con la que su tenacidad lucha de sol a sol; y en la mano que avanza hacia el vaso o que oprime el acordeón, se oculta el rayo del layador obstinado.

Esto es lo que ha hecho Kaperotxipi: ocultar el ingrato revés de la vida, eludir lo agrio y penoso y sublimar en sonrisas cuanto el vivir cotidiano tiene de triste y de duro; y de igual, que es más duro y más triste. Para ello ha introducido en su alquimia pictórica el ingrediente dionisíaco, que a lo largo de su obra deja un discreto aroma de paganía ancestral, muy bien concertado con la fe que pone conformidad y gratitud al Señor en medio de la limitación y aspereza de la vida rural.

Así ha visto Kaperotxipi a su pueblo, a sus hombres. No ha creído que el vigor excluya la elegancia ni que lo recio se oponga a lo alegre. Tipos jocundos, escenas plácidas, gestos joviales. Una interpretación, en fin, como no habíamos conocido en tanta literatura pictórica sobre el país vasco, donde hasta ahora ha sido frecuente que los pinceles se recrearan en acuarelillas inocuas o se entenebrecían en óleos de imponente severidad.

Kapero, no. Kapero penetra en su pueblo, su raza y su paisaje, con el corazón alegre la retina limpia y el prejuicio amable. Porque también en su obra hay prejuicio, claro está, como en toda interpretación. Y Kapero ha querido ver lo que hay de claro y de alegre y de cordial en la vida del agro vascongado. Lo ha visto, lo ha visto bien; y nos lo cuenta en esta confidencia generosa que son sus cuadros". (De A. B. C.).

El Himno de los Vascos

El autor del himno nacional-vasco se llamó Iparraguirre, y era un asiduo concurrente al clásico café de San Luis.

He aquí cómo alude a él y a su famoso canto patriótico "Guernicaco Arbola", el escritor José María Salaverría:

"Joven, cordial y vehemente, con el signo de la bella prestancia corporal de la raza hermosa, con la desenvoltura aprendida en la vida del soldado en campaña, acentuada su virilidad por todos los vientos y los soles de la emigración aventurera, especie de héroe byroniano, pero sin amargura ni cinismo, aquel hombre penetra en el ámbito del café como un auténtico enviado de la propia Providencia. ¡Ah! ¡Y cómo cantaba aquel hombre los zortzicos! Muchas noches se le veía subir al estrado, enardecido por los vítores de sus compatriotas, y sentándose al piano, con voz entera y en la mirada una llama de inspiración, entonaba lindas canciones que su numen de músico y poeta había concebido. Cantos que hablaban a la vez del amor a la madre ausente, del amor a la doncella gentil y del amor a la dulce y pequeña patria amenazada. Era una música simple y acaso un poco ingenuamente afectada. Con algunos calderones y fiorituras al final de la estrofa, como para dar ocasión al lucimiento a los tenores improvisados y como inexcusable influencia de las romanza de la ópera italiana a la moda. Pero el compás característico del zortzico y el aire original del aquella música vernácula que sabía a prados floridos y a playas espumosas podían más que todas las influencias.

"Una noche, el joven de voz inspirada sorprendió a los contertulios con la canción más emocionante de cuantas pudieran imaginarse. Era la canción esperada, la que todos ellos esperaban para henchir y satisfacer sus profundos anhelos nostálgicos. Ya no se trataba esta vez de caprichos amorosos ni de juegos musicales; al sonar los primeros compases comprendieron todos que se encontraban ante una creación trascendente. Aquello tenía la majestad y la hondura de un himno. El himno que la raza hasta entonces no poseía, y que milagrosamente brotaba en la atmósfera oliente a tabaco y fulgurante de reflejos de gas de un café de barrio madrileño. La "Marsellesa" de los vascos había nacido de pronto en las solemnes y armoniosas estrofas del "Guernicaco Arbola".

NOTAS DE ARTE

Sobre los hermanos Zubiaurre

Página de José Ortega y Gasset

Los hermanos Zubiaurre son vascos, sordos y pintores. Esto quiere decir que hay en ellos tres potencias de mutismo. Ser vasco es, sin más, una renuncia nativa a la expresión verbal. El misterioso pueblo vascongado posee un idioma elemental que apenas sirve para nombrar las cosas materiales, y es por completo inepto para expresar la fluencia fugitiva de la vida interior. Por otra parte, ¿no es la pintura complacencia en la mudez de las cosas y una divina organización de la taciturnidad?

Porque hay en toda cosa la denodada resolución de exteriorizar sus intimidad. Visto bajo cierto sesgo, la vida del mundo parece consistir en un formidable afán lírico, en una indómita voluntad de expresar que yace en todo ser. Si cegamos los cauces sonoros — voz, rumor, gemido — que suelen buscar las cosas para libertar su secreto, la fuerza expresiva de la naturaleza quedará represada, y, acumulándose, buscará turbulenta la salida por algún otro lado. De esta manera bajo la presión del silencio, nace la mímica y se dispara el gesto.

En la pintura de los Zubiaurre, personas y paisajes comprimidos por el silencio, se presentan resueltos a aprovechar nuestra mirada para revelarnos su íntima existencia. Nótase en estos lienzos como un impulso de dentro a fuera, que hace rezumar por todas partes el espíritu latente. Sus personajes suelen estar inmóviles, porque no les bastarían todas las gesticulaciones imaginables para decirnos lo que quieren. Pero todo su cuerpo — ojos, piel, silueta, todo su traje, los utensilios, las jarras panzudas y lustrosas, los manteles ahitados, las fachadas blancas, la curva ritualica de los campos— son un puro ademán continuado. Hay en estos cuadros una irradiación de intimidades. Para insinuarse en nosotros, nada de ellos necesita moverse; logra expresarse por emanación, como hacen las flores en la selva callada. A veces, el empeño de confesar su arcano es en estas figuras tan grande que sus ojos se abren suplicantes, angustiados, pobres ojos de náufrago que exhalan el postrero y esencial pensamiento.

Ha mostrado el cinematógrafo cómo basta con suprimir la voz de los hombres y el ruido de las cosas para que la vida, aun la más vulgar, deslizándose tácita sobre la pantalla, adquiera un inesperado dramatismo. El silencio parece aguzar todo y dotarlo de patéticas vibraciones. Así, de la obra de los Zubiaurre, donde nada es apasionado, antes bien, se remansa la existencia más cotidiana, llega a nosotros un permanente latido patético.

Porque la técnica de estos dos artistas va regida por un instinto humorístico en el mejor sentido del adjetivo. Yo imagino que mojan el pincel en el jugo agridulce de las manzanas maduradas por el Otoño en las laderas vaporosas de Vasconia. Cuando el amor llegue al extremo de sí mismo, vuelve la cabeza, y al ver su frenesí, sonríe de sí propio; esto es el humor. Un beso que nadie viene a interrumpir muere siempre de una sonrisa germinada en los labios mismos que se entrebesan.

Los Zubiaurre aman los seres familiares que pintan y su técnica sencilla y atractiva consiste en extremarlos. El impresionismo nacido de una antipatía hacia las cosas atomiza las formas en puros reflejos: de una jarra, de una faz, de un edificio, pintará sólo la masa cromática amorfa. El primitivo entusiasta del mundo que le rodea, sigue un camino opuesto; hará abstracción de los reflejos que deforman el cuerpo de cada objeto, y como si la palpa fuere una mano, le deslizará sobre su superficie, no admitiendo confusión ni vaguedad en los contornos.

En los Zubiaurre retoña una vez más esa intención artística de los primitivos Flamencos e Italianos. Les importa mucho cada cosa, y como el perfil representa la demarcación de fronteras entre unas y otras, se han hecho pintores de perfiles de siluetas. Puede decirse que la parte de nosotros mismos donde más enérgicamente nos hallamos es en nuestro perfil. Viene a ser la línea de batalla que constantemente oponemos al resto del mundo, presto siempre a aniquilarnos, a borrar nuestra singularidad. Si el artista insiste en el dintorno de nuestro cuerpo quedará éste graciosamente acusado, extremado, exacerbado. De aquí proviene el zigzagueo humorístico que corre por los cuadros de estos hermanos.

Al poder expresivo que tal tendencia facilita se debe, en buena parte, el triunfo obtenido por los Zubiaurre hace dos años, en la Exposición de Arte Español, en París. El Luxemburgo adquirió "Los remeros vencedores de Ondarroa", lienzo de Ramón, donde cada línea parece chispear significaciones.

Lo que hacen con las formas lo hacen con los colores. El blanco de una pared es sólo relativamente blanco; en la realidad, está mezclado con gris y con rojo, con verde y amarillo. Sin embargo, con justo título decimos que aquella pared es blanca. La blancura predomina y califica el color general del objeto; diríamos que es el perfil del color de aquel objeto. Los hermanos Zubiaurre retienen sólo estos perfiles cromáticos y saltándolas tonalidades obtienen ese esplendor cerámico de sus lienzos, que reflejan triunfalmente la luz, como esmaltadas porcelanas.

José Ortega y Gasset.

Memorias de Julián Cayarre

Lleno de entusiasmo salió Cayarre de Milán, confiando en que su voz, sus conocimientos musicales y su escuela de canto, le abrirían el camino que se había propuesto. Tenía gran fe en su porvenir.

Inmediatamente que llegó a Varesse se presentó en el teatro para conocer a sus demás compañeros y enterarse de los ensayos y trabajos que se preparaban.

La ópera con la cual debía **debutar** la compañía era la entonces afamada partitura de Verdi, **I Lombardi**.

Desconocido para casi todos, después de saludar al empresario y al maestro director, fué a reunirse con los coristas, entre los cuales tenía algún conocimiento, y además porque sabía que entre ellos no existen envidiosas emulaciones, sino buen humor y verdadero afán de salir adelante para concluir la temporada cobrando sus pobres sueldos.

Delgado, y hasta descolorido por su vida de estudio y no muy abundante alimentación, con un traje usado y de antigua moda, su presencia y la facha del **altro tenore** no era realmente muy a propósito para dar una gran idea de su valer artístico.

Pero sabido es que bajo una mala capa se encuentra a veces un buen bebedor.

No entonces, sino siempre, fué hombre Gayarre que se preocupó muy poco de hacer el **dandy**.

Pecaba acaso de excesivamente sencillo, y más de una vez, cuando algún amigo le hizo observaciones de que por qué no se vestía mejor, un artista como él, de su nombre y su fortuna, contestaba, encogiendo los hombros:

—¡Bah! El hábito no hace el monje.

En cambio, para los trajes que había de sacar a escena era excesivamente escrupuloso. Allí sí: allí se preocupaba hasta del último detalle.

La compañía **debutó**. Cantóse, como decía, I Lombardi, y fué un fracaso para todos, excepto para él, que en su parte secundaria de Arvino pasó perfectamente y hasta con bastante simpatía. Fué el único que se salvó.

Muy mal empezaba la **trôpe** su campaña en Varesse. **I Lombardi** había sido un verdadero desastre. ¿Qué hacer?

El empresario, desesperado, veía su negocio muy comprometido, y hasta se llegó a susurrar si, en vista de lo ocurrido, les daría a todos su licencia absoluta.

La situación era grave. Julián entonces tomó también en ésta, como en otras ocasiones, su resolución pronta y enérgica. Fuése derecho al empresario y le dijo que él estaba decidido a hacerse oir a toda costa en la ópera que mejor conviniese a la Empresa, pues si los demás no habían gustado, no era culpa suya; que él había sido recibido con aplauso, y no estaba dispuesto a marcharse sin cantar una parte en la que se le pudiese juzgar convenientemente.

El empresario vió que, en efecto, Gayarre había sido bien recibido del público, y se decidió a probar fortuna con él, haciéndole ensayar una nueva ópera, en la que desempeñase un papel de importancia.

—Y bien: ¿qué ópera haremos?— preguntó.

—La que usted quiera; la que más pronto pueda ir — contestó Gayarre. — Cantaré lo que se me indique del repertorio a que me he comprometido en el contrato.

—Pues haremos **Elixir de amore**.

[illegible] bravura.

Según contaba Gayarre, todos los temores, todos los apuros propios del que va por vez primera a presentarse [illegible], [illegible] en el [illegible] fracasos, no una ópera, sino cuantas se le hubieran [illegible].

Llegó la representación. El fiasco de **I Lombardi** había predispuesto al público desfavorablemente respecto a la compañía [illegible] que contaba para su presentación. Gayarre no era en realidad de los mejores.

El [illegible] por curiosidad de ver lo que pasaría, pues los ecos de entre bastidores habían excitado al público, sea porque estando en una época de ferias, quería la gente divertirse, o sea por oír realmente la ópera, el caso fué que como el primer día, hubo una [illegible] entrada.

Comenzó la representación. Gayarre estaba tranquilo, dueño de sí mismo y de sus facultades, comprendiendo bien [illegible].

Al presentarse en escena reinó gran silencio que demostraba curiosidad mezclada de indiferencia, y cantó. Su voz fresca, de timbre dulce y purísimo, la facilidad con que la emitía, su emisión, dicción y su buena escuela de canto, [illegible] prontamente al público y desde los primeros momentos se alzó dueño del auditorio. En el primer entreacto no se oía más que una sola frase entre los espectadores: "¡qué bellísima voz!"

Esperaban, sin embargo, para juzgarle como cantante de una manera más segura [illegible] célebre romanza del tercer acto. **Una furtiva lágrima.**

Llegó el esperado momento, [illegible] fuerzas Gayarre para apoderarse del público. Tenía puesta toda su confianza en aquella romanza porque la había estudiado y la sentía hondamente.

En aquel instante ocurrió un hecho [illegible] de novelesco, pero que no [illegible].

Disponíase a salir para cantar su romanza, apenas si faltaban unos minutos [illegible], cuando el [illegible] del teatro llegó hasta la caja del bastidor en que se encontraba y le entregó un [illegible] telegráfico. Rasgó precipitadamente el sobre, de la ligera hoja de papel y leyó en ella la más terrible de las noticias, comprendidas en [illegible] términos:

"Con profundo pesar te participo que tu pobre madre ha dejado de existir. Te acompaño en tu legítimo sentimiento.

Gregorio".

Tremendas frases que encerraban todo un poema de dolor, bastante para confundir al [illegible].

La orquesta en tanto preludiaba ya los primeros compases de la romanza y le empujaron a la escena. Salió, pues, con la muerte en el corazón y el luto en los labios, pero cantó. Y cantó aquella apasionada y triste melodía en que Nemorino llora los desdenes de la mujer que [illegible], de una manera sublime, arrebatadora, llena, entre sollozos verdaderos de un pesar profundo.

Gayarre entonces no era el intérprete [illegible] el personaje [illegible] que lloraba sus propias desdichas con notas de lágrimas.

Un biógrafo escribe así la dramática escena:

"El [illegible] espectro de tu madre parecía en aquel momento flotar en el recinto como diciéndote: [illegible] tu gloria. Tú cantabas para ella ahogando las notas entre gemidos, y el público, fascinado, creía que todo aquel tesoro de sentimiento era para él y no para el cielo".

"¡Oh, nunca, nunca, jamás—me decía Gayarre refiriéndome esto—volveré a cantar como [illegible] inolvidable noche".

El público, asombrado, sin respirar apenas, escuchaba, lleno de admiración y de recogimiento, el canto aquel [illegible] parecía cosa de este [illegible].

Cuando terminó, la ovación fué inmensa, formidable; el público todo aplaudía y vitoreaba fanatizado. La noticia de la cruel desgracia de Gayarre llegó como el rayo desde los bastidores al público, y éste, trocando su entusiasmo en cariñosa simpatía, corrió a su cuarto para mitigar, si posible era, [illegible] de consuelo y con demostraciones afectuosas el inmenso dolor del novel artista.

El éxito, pues, había sido un triunfo completísimo, y muy superior a lo que Gayarre soñaba. Por eso siempre que lo recordaba y en el seno de la amistad [illegible] refería [illegible].

Mi buena y santa madre me dió [illegible] la vida después al [illegible].

Julio de Enciso.

El Pirineo Navarro: Roncesvalles

En los Pirineos de Navarra, siguiendo la carretera de Arfaro a la frontera francesa, o de Burguete a Valcarlos, como vulgarmente se la denominan en la comarca, y a 26 kilómetros de Aoiz, su capital de partido, [illegible] y uno de los santuarios que [illegible] lugar preeminente después de Jerusalén, Roma y Santiago. [illegible] Roncesvalles [illegible] y santuario [illegible] o puerto de su nombre, recuerdan uno de los hechos más notables, mejor cantados y más discutidos del Mundo, ya que en aquel abrupto desfiladero que forman las montañas de Altabiscar y de Ibañeta, sufrió Carlomagno [illegible] enorme derrota, quizá la única del bravo conquistador de las Galias y de Alemania y emperador de los romanos, desastre que costó la vida a Rolando, conde de la Marca de Bretaña, [illegible] Eginardo, Anselmo que le acompañaban.

Escribe Juan de Mariana en su Historia de España que después de haber sido proclamado Carlomagno por el pueblo romano y por el papa León en la iglesia de San Pedro "Carlos Augusto grande y pacífico, vida y victoria", desde [illegible] que estaba retirado a no mostrar de su edad, vino a España el año [illegible] de la [illegible] cristiana por el siguiente [illegible].

El rey D. Alonso el Casto, cansado por sus [illegible] años y por las guerras, que de ordinario traía con los moros, con mayor esfuerzo y valor que prosperidad, pensó que sería [illegible] valerse de Carlomagno para echar con sus armas a los moros de España. No tenía hijos D. Alonso y ofreciole en premio de su trabajo, la sucesión en el reino por vía de adopción. No menospreció este partido el [illegible] emperador, pero por ser la larga edad, no menos viejo que el rey D. Alonso, y por tener debajo de su señorío muchas provincias, le pareció que aquel reino sería bueno para Bernardo, nieto suyo por parte de Pipino, rey de Italia.

Con esta resolución emprendió Carlomagno el viaje a España seguido de su ejército, hasta entonces invencible.

Llevaba la nobleza de España de mala gana quedar sujeta al imperio de los franceses, y se quejaba cada cual en particular, y todos en público, sin atreverse a resistir a la voluntad del rey y desbaratar del Carpio feroz por la juventud y la esperanza de la cercana [illegible] este fuego y se ofrecía por caudillo a los que quisieran seguir. Allegóse a los demás Marsilo, rey [illegible] de Zaragoza, con quien el emperador estaba enojado.

De los unos y de los otros se formó un buen ejército, aunque no bastante para resistir en campo llano a la caballería francesa, que era aventajada, y acordaron tomar el paso de los Pirineos e impedir a los franceses la entrada en España.

Los escritores extranjeros dicen que Carlos [illegible] y llegó a Zaragoza, [illegible] a su paso, pero que la ciudad [illegible] le [illegible] sus puertas, [illegible] de Iba el Arabi, a pesar de [illegible].

Carlomagno se disponía a sitiar a Zaragoza [illegible] mensajes de que los sajones [illegible] se habían sublevado, y se vió precisado a levantar el cerco y marchar con presteza a su reino, abandonando la empresa que le trajo a España. Sea como fuese, ello es que los bravos montañeses vascos, celosos, como siempre, de su independencia y de sus libertades, [illegible] a los bereberes de Roncesvalles [illegible], descansaderos y hastieres [illegible] de áspero desfiladero [illegible] del ejército [illegible] a cuyo frente se puso Roldán.

Roldán, el que [illegible] desesperación o por abrir brecha por donde pasaran sus soldados, un enorme risco que se muestra a los visitantes. Con Roldán iban Anselmo, Eginardo y los doce pares de Francia. El rey había pasado la frontera con el primer cuerpo de su ejército.

Los [illegible] en sus rocas, [illegible] de [illegible] y madroñeros de [illegible], lanzaban dardos y derribaban peñascos sobre la [illegible] de sus enemigos que no podían [illegible] en el estrecho de la garganta [illegible]. [illegible] a los bufidos las tropas que acompañaban a Marsilo se desmandaban los caballos y [illegible], aumentando la mortandad con sus espantos, sembrando el desorden entre la soldadesca, que, indisciplinada, desobedecía a sus capitanes, a pesar de que éstos entregaban sus vidas valerosamente para contenerlos. Huían en tropel, y locos de terror [illegible] hombres.

lanzando baladros, imprecaciones y blasfemias, que los ecos repetían, aumentando la confusión de las falanges; piafaban, enloquecidos, los caballos, desbocados, los belfos humeantes, blancas ya córneas de sus ojos desorbitados y brillantes, erizadas las crines y amurgadas por el miedo las orejas. Caían los hombres en racimos, morían en reata las bestias de atalaje, manaba la sangre a borbotones de testas y de pechos.

De nada sirvió que Carlomagno tratara de contener a sus soldados con la arenga que el padre Mariana pone en boca del caudillo al que la bocina o cuerno de Rolando lanzara bélicas llamadas, que las peñas rebotaban, confundiéndolas con las de la trompa de Bernardo del Carpio, enardeciendo a los montañeses, que aumentaban la defensa heróica, desvastadora, triunfante como en cantares de gesta ha pasado a la épica española en el romancero castellano, y con lamentos de elegía en sus poemas de los pueblos francos.

En memoria de este hecho, Sancho el fuerte de Navarra mandó erigir un santuario a Nuestra Señora, convertido en Colegiata después donde la Orden de los Freires de Roncesvalles, cabildo que con su cruz de terciopelo verde en sus manos y la medalla de plata o de oro, con la misma cruz como distintivo, prestó culto en el renombrado templo.

La estatua del fundador yace en la cripta.

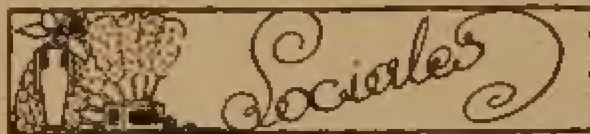
Guárdase en el joyero el Evangeliario en que se recibía juramento a los reyes de Navarra. Muéstrase a los visitantes del Museo una "Filosofía de Confusio", escrita en chino. Consérvase en grandes sepulcros de piedra, como reliquia de la cruenta derrota, huesos confundidos de señores y vasallos, de soldados y de capitanes, astas de lanzas, bocinas, mazas.

Un hospital o refugio que se labró en el pueblo acogía en su recinto multitud de peregrinos para guarecerles de la nieve y de los lobos cuando venían de luengas tierras a visitar el sepulcro del apóstol Santiago en Compostela. Hubo años, cuando Rocesvalles tenía grandes posesiones en Francia y en Inglaterra, que se hospedaron en aquel hospital más de veinte mil personas, y cuando Isabel esposa de Felipe II, vino a España sirvió en aquel asilo a trescientos pobres y dió a cada uno tres reales de España.

No lejos de la villa hay una roca rota, que llaman la brecha de Roldán que, según la leyenda, hendió de un tajo con su espada el caudillo francés Roldán o Rolando. Por el alto y profundo puerto de Roncesvalles (1.700 metros sobre el nivel del mar) pasó de España a las Galias el emir Abdel-Rahaman, y en 1367, el príncipe negro, cuando bajó a Castilla para ayudar a D. Pedro el Cruel contra su hermano D. Enrique.

Es Roncesvalles, pues, uno de los lugares más interesantes para los turistas. A la hermosura brava del paisaje abrupto se une la emoción de lo epopéyico; en el silencio de aquel desfiladero trágico las piedras mudas hablan.... en el silencio, al sentimiento, a la piedad.... al espíritu de patria. Contra aquella barrera inexpugnable que corre desde un mar a otro mar delante del portillo impenetrable que forma el desfiladero de Roncesvalles, se estrelló la ambición de los dos genios paralelos, de los grandes conquistadores de Francia: Napoleón y Carlomagno.





EN FEBRERO Y MARZO NO HABRA FIESTAS

Por resolución del Consejo Directivo, avisamos a los asociados que quedan suspendidas las fiestas de Febrero y Marzo.

La próxima fiesta será la anual, conmemorando el 23 aniversario de la fundación de "Euskal Erria", y se verificará en el mes de Abril.

Informaremos, en su debida oportunidad, a los asociados, acerca del programa a combinarse.

MIGUEL MACHADO

Falleció en nuestra ciudad el señor D. Miguel Machado, hermano de varios asociados nuestros, que contaba con generales simpatías en nuestro ambiente.

Hombre luchador, bueno para todos, ejerció el apostolado de la caridad sin una sola debilidad.

De carácter expansivo, atrajo sobre sí simpatías y afectos.

El sepelio de sus restos congregó a numerosa concurrencia.

Presentamos nuestro pésame a sus deudos.

NUESTRO PESAME

Nuestro apreciado consocio D. Félix Zorrón, ha tenido la desgracia de perder a su señor padre, a raíz de un accidente.

Era el extinto un hombre laborioso y noble que formó una familia buena y apreciada.

La conducción de los restos del extinto a la

última morada puso en evidencia los múltiples afectos de que gozaba.

Nos inclinamos ante esta tumba.

BODA AVIOTTI — GUERRA

El 19 de enero se verificó la boda de la señorita Aida Aviotti con el arquitecto Héctor Guerra. En el contrato civil actuaron de testigos —por parte de la novia, los señores: Alfredo Aviotti, Ricardo Inciarte, Adolfo Aviotti y José Luis Paya, y por parte del novio los señores doctor Mario Rinaldi Guerra, José María Guerra, Héctor Cobas y Hugo Guerra.

La ceremonia religiosa fué bendecida en la Capilla Jackson, actuando de padrinos la señora María Adela Garzoglio de Aviotti y el señor José Guerra.

La Iglesia de Jackson, en donde se impartió la bendición a los novios, presentaba un bonito aspecto y la decoración consistió en lucidos grupos de gradiolos y rosas.

VIAJEROS

Regresó del interior el señor D. Juan B. Bidegaray.

VERANEO.

Los esposos Francisco Garayalde-Escolástica Zubizarreta, con sus hijos, están pasando una temporada de veraneo en su hermoso chalet de Carrasco.



CONSEJO DIRECTIVO

ACTA N.o 864

Sesión del 22 de Enero de 1935

Preside D. Domingo Davigneau.

Asisten los miembros siguientes: Francisco Villanueva, Domingo Alscar, Luis San Martín, José Mariezcurrena, Juan B. Bidegaray, Alejo C. Garra, Juan José Villamonte, Fidel Garayalde que actuó en Secretaría y el Secretario General Arnaldo Pedro Parrabère.

—Siendo las 21 y 15 se declaró abierta la sesión.

—Leída, fué aprobada, firmándose, el acta de la sesión anterior N.o 863.

—Fueron declarados incorporados a la Institución los socios presentados en la sesión anterior, del 4639 al 4644, inclusives.

—Fueron autorizados estos pagos:

A J. Frederich, $ 35.00. — A Eugenio Arin, pesos 5.45.

—Los señores Joaquín María Ibarburu y R. Galdós solicitan autorización para realizar una reunión especial el día 9 del entrante Febrero, en el Recreo de Malvín, a las 16 horas, a lo que se accede con agrado.

—La Caja de Jubilaciones y Pensiones de Empleados y Obreros de Servicios Públicos manda un oficio N.o 339 en el que pide se le informe sobre servicios prestados a "Euskal Erria" por el señor Arnaldo Pedro Parrabère, ficha personal N.o 600.036, en el carácter de Secretario General, desde el 1.o de Agosto de 1912 hasta el 30 de Abril de 1934. Estos datos solicitados deben consignarse en el formulario que adjunta, debidamente autorizado. Se encomienda la obtención de estos antecedentes solicitados al Secretario del Consejo Directivo D. Fidel Garayalde.

—Por las razones invocadas, concédese una licencia, como miembro del Consejo Directivo, al señor D. Martín Urrutia.

—Quedan suspendidas las fiestas de los meses de Febrero y Marzo de 1935, hasta la anual.

—El Consejo Directivo felicita al señor Presidente por el artículo que publicó en la última Revista.

—La Secretaría General, informa que el Ministerio de Industrias no accede a la concesión del Porte Pago, para nuestra Revista social.

—El Consejo sesionará el martes 5 de Febrero, a las 21.

Imp. "Agraciada" - Av. Agraciada, 192[illegible]

PORTE PAGADO

PORTE PAGADO